

XIV

EL ESTUDIO

El estudio de Mr. Ferrán se parecía á todos los estudios, y sus pasantes á todos los pasantes. Entrábase en él desde una antesala en que no había más muebles que cuatro sillas viejas, y en el estudio propiamente dicho circuido de papeleras llenas de legajos que contenian los papeles de los clientes, estaban hablando, riendo, ó garabateando incesantemente cinco jóvenes encorvados sobre las mesas. El conjunto de aquel laboratorio de escrituras de todas clases se componía de las piezas dichas, de una sala de espera, llena también de legajos y en donde estaba comunmente el decano de los pasantes, y de otra pieza vacía que separaba el gabinete del notario de esta sala de espera. Las dos acababan de dar en un antiguo reloj de caja colocado entre dos ventanas del estudio, y notábase en los pasantes alguna agitación, cuya causa pondrán de manifiesto algunos fragmentos de su charla.

— De veras, afirmaba uno de ellos, que si alguien hubiese dicho que Francisco Germán era un ladrón, yo le hubiera contestado que mentía.

— Y yo también.

— Y yo.

— Me ha hecho tal efecto el verle prender y conducir entre cuatro soldados, que no he podido almorzar: bien es verdad que con esto me he librado de comer el cotidiano bodrio de la tía Serafina.

— ¡Diez y siete mil francos son mucho dinero!

— Cantidad que hace abrir el ojo.

— ¡Y pensar que en quince meses que Germán era cajero nunca había faltado en la caja un sueldo!

— Á mí me parece que el maestro ha obrado mal haciendo prender á Germán, siendo así que juraba por todos los santos del cielo que no había tomado más que 1300 francos en oro.

— Ya se ve que sí, y más cuando esta mañana los traía para devolverlos á la caja, en el momento en que el maestro acababa de enviar por la guardia.

— He aquí lo que tienen de malo los hombres de probidad tan severa como la del maestro; son inexorables.

— Por supuesto y antes de prender á un joven que hasta ahora siempre se ha portado bien, es cosa que debe pensarse mucho.

— Mr. Ferrán ha dicho á esto, que lo hacía para que sirviese de ejemplo.

— ¿Ejemplo de qué? Eso de nada sirve para los que son honrados, y los que no lo son ya saben cuando roban, á lo que se exponen.

— Ello es que en esta casa tiene el comisario una excelente parroquia.

— ¿Y por qué?

— ¡Tomá! ¿aun quieres más? Esta mañana la pobre Luisa, y ahora Germán.

— Si he de hablar con franqueza, en el negocio de Germán no veo claro.

— Pero hombre; ¡si ha confesado!

— Ha confesado que cogió 1300 francos, pero niega y sostiene que no ha tomado los otros 15000 en billetes, ni los 700 que faltan en la caja.

— Supuesto que confiesa una cosa, también confesaría la otra.

— Eso digo yo, porque lo mismo se castiga por 500 que por 15000.

— Pero con la diferencia, diría un picaro, que los 15000 se guardan, y con ellos puede un hombre arreglarse al salir de la cárcel.

— Dígase lo que se quiera, en el asunto hay misterio.

— ¡Y Germán que siempre defendía al maestro cuando nosotros le llamábamos jesuita!

— Tienes razón, ¡á todos nos reñía!

— Aquí está Chalamel que vuelve de correr diligencias. ¡Pues se va á quedar poco pasmado!

— ¿De qué, compañeros? ¿Hay alguna novedad acerca de esa pobre Luisa?

— Bien lo sabrías tú que todo lo hueles, si no hubieras estado tanto tiempo rondando.

— ¡Sí, que la calle de Chailot está ahí á la vuelta.

— ¿Y qué tal ese famoso vizconde de Saint-Remy? ¿No ha venido todavía?

— No.

— El coche estaba ya puesto y un ayuda de cámara me ha dicho en nombre de su amo que iba á venir al instante, aunque ha añadido de su cosecha que no parecía estar de buen humor. ¡Vaya una casa hermosa, y vaya un lujo! Parece uno de esos palacios de los señores de otros tiempos de que nos habla Foblás.

— Entonces ya no extraño que ese vizconde tenga deudas.

— ¡Una friolera! una letra de 34000 francos que han traído para que se pague aquí en el estudio, puesto que así lo quiere el acreedor, no sé por qué.

— Es regular que este lindó vizconde pueda pagar, puesto que ayer noche volvió del campo en donde se había ocultado para escaparse de los alguaciles del tribunal.

— Yo no entiendo cómo no se han apoderado de lo que tiene en su casa.

— ¡Sí que el niño se mama el dedo! La casa no es suya; los muebles están en nombre de su ayuda de cámara, y suena que éste se los alquila, lo mismo que los caballos y los coches que están en cabeza del cochero, quien dice que se los cede al vizconde por un tanto mensual.

— Es un mozo listo el tal Saint-Remy!

— ¿ Pero de qué hablabais? ¿ Ha ocurrido en esta casa alguna novedad?

— ¡ Pues un grano de anís! figúrate que á las doce ha entrado aquí el maestro hecho una furia, preguntándonos si estaba Germán; y cuando le hemos contestado que no, ha dicho que ayer le había robado 17000 francos.

— ¡ Germán! Imposible.

— Oye, oye.

— Le hemos preguntado nosotros si estaba seguro de ello, porque nos parecía lo mismo; pero el maestro afirma que ayer puso en el cajón del escritorio en donde él trabaja, quince billetes de mil francos, y además 2000 en oro en una cajita, y que todo ha desaparecido. En aquel momento entró el tío Marritón el portero, y dijo que iba á llegar la guardia.

— ¿ Y Germán?

— Aguarda. El maestro dijo al portero que cuando viniese le hiciera entrar aquí, sin decirle nada, porque quería confundirle delante de nosotros. Al cuarto de hora y cuando la tía Serafina acababa de traer el almuerzo, llega Germán como si tal cosa, saluda al amo y luego nos da los buenos días. ¿ No almorzáis, Germán? le pregunta el maestro. No, señor, responde, gracias, no tengo apetito. Venís muy tarde, le dice Mr. Ferrán. Sí, señor, contesta el otro: he tenido que ir á Belleville. Sin duda, gritó el maestro con voz terrible, para ocultar el dinero que ayer me robasteis.

— ¿ Y Germán?

— El pobre se puso pálido, como un muerto, y al punto contestó tartamudeando: señor, no me perdáis por Dios.

— ¡ Con que había robado!

— Aguarda, hombre.

— ¡ No me perdáis! dijo el maestro, entonces confesáis el robo. — Sí, señor, contestó Germán, pero aquí está el dinero que falta, creí poderlo reponer esta mañana antes que os levantarais, mas por desgracia una persona que me guardaba algún dinero y á quien creía encontrar en casa, está en Belleville, á donde he tenido que ir esta mañana, y he aquí la causa de mi tardanza. Al tomar ese dinero ya sabía que podía devolverlo ahora mismo. Aquí están los 1300 francos en oro. — ¡ Cómo 1300 francos! dijo el señor Ferrán. Me habéis robado en el escritorio del cuarto del primer piso quince billetes de mil francos, metidos en una cartera verde, y además dos mil en oro. — ¡ Yo! Jamás, exclamó Germán trastornado. Tomé 1300 francos en oro, pero ni un sueldo más, ni he visto en el cajón cartera alguna, ni había allí más que 2000 francos en oro dentro de una cajita. — ¡ Infame embustero! gritó el señor Ferrán, puesto que confesáis haber robado 1300 francos, podéis haber robado más; y la justicia decidirá. Tened por seguro que seré inexorable con semejante abuso de con-

fianza, y esto servirá de ejemplo. Entonces llega la guardia con el escribano del comisario para instruir las primeras diligencias, y cogen á Germán.

— ¡ Pero es eso creible en Germán que era la honradez misma!

— Á nosotros nos ha parecido muy singular.

— Y es menester convenir en que Germán era muy maniático, y que nunca quiso decir en donde vivía.

— Eso es verdad.

— ¡ Y luego que tenía siempre un aire tan misterioso!

— Sí, pero eso no prueba que haya robado 17000 francos.

— Ya se ve que no, pero es una observación que yo hago.

— ¡ Vaya una noticia! ¡ Germán que tenía un aire de hombre tan honrado! Yo no lo entiendo.

— No parece sino que presintiera su desgracia.

— ¿ Y por qué?

— Porque desde algún tiempo acá parecía tener algún nuevo tormento.

— Quizás era con respecto á Luisa.

— ¿ Á Luisa?

— Yo no hago más que repetir lo que esta mañana ha dicho la señora Serafina.

— ¿ Y qué es, qué es?

— Que era el amante de Luisa y el padre del niño.

— ¡ Vaya con el socarrón!

— ¡ Hola! hola!

— Eso no es cierto.

— ¿ Y como lo sabes tú, Chalamel?

— Porque no hace quince días que Germán me dijo en confianza que estaba enamorado á más no poder de una costurera muy honrada de quien había sido vecino, y contándome sus amores lloraba á lágrima viva.

— Chalamel, estás tocando el violón.

— Dices que Foblás es tu héroe, y eres tan niño y tan zopenco, que no comprendes que puede un hombre estar enamorado de una y ser el amante de otra.

— Os digo que Germán hablaba de veras.

En aquel instante entró en el estudio el decano de los pasantes, y le preguntó á Chalamel si había hecho todos los encargos.

— Sí, señor; Mr. de Saint-Remy va á venir al instante á pagar.

— ¿ Y la señora condesa Mac-Gregor?

— Aquí está la respuesta.

— ¿ Y la señora condesa de Orbigny?

Da las gracias al maestro; ayer mañana llegó de Normandía y no espe-

raba la contestación tan pronto : tomad su carta. Me he visto también con el mayordomo del señor marqués de Harville, como éste lo había pedido, para arreglar los gastos de la escritura que el otro día llevé á su palacio para la firma.

— Ya le habréis dicho que no corría prisa...

— Por supuesto, más el mayordomo ha querido pagar y traigo el dinero.

— He subido esta tarjeta que le ha dado al portero un señor, que con lápiz ha escrito en ella algunas palabras.

— *Gualtero Murph*, leyó el pasante, y más abajo : *volverá á las tres para asuntos de importancia*. No conozco este nombre.

— Olvidaba deciros, repuso Chalamel, que Mr. Badinot dice que está corriendo, que Mr. Ferrán haga lo que le parezca que siempre será lo mejor.

— ¿ No ha dado contestación por escrito ?

— No, señor, me ha dicho que no tenía tiempo.

— Está bien.

— También vendrá para hablar con el amo Mr. Carlos Robert, el cual parece que ayer tuvo un desafío con el señor duque de Lucenay

— ¿ Está herido ?

— No lo creo, pues en su casa me lo hubieran dicho.

— ¡ Hola ! parece que se ha parado un caruaje.

— ¡ Qué caballos tan hermosos

— ¡ Y ese cochero inglés con peluca blanca y librea oscura, con galones de plata y charreteras como un coronel !

— Probablemente algún embajador.

— ¡ Pues y el lacayo ! ¡ lleva poca plata encima !

— ¡ Y qué bigotazos !

— ¡ Toma ! dijo Chalamel, ¡ si es el coche del señor vizconde !

Á pocos momentos entró en el estudio el señor de Saint-Remy.

XV

EL VIZCONDE DE SAINT-REMY

Ya conoce el lector la exquisita elegancia y el aspecto simpático del vizconde de Saint-Remy, recientemente llegado de la quinta de Harnouville, propia de la duquesa de Lucenay, en la cual se refugió huyendo de la persecución de los alguaciles del tribunal de comercio. Entró de repente en el estudio con el sombrero puesto, con aire altanero y con los ojos medio cerrados, preguntando en tono amenazador, insultante, y sin mirar á nadie : ¿ en dónde está ese notario ?

— Mr. Ferrán, dijo el decano de los pasantes, trabaja en su gabinete, y si tenéis la bondad de esperar un momento, podréis verle.

— ¡ Cómo esperar !

— Pero...

— Aquí no hay pero, señor mío : id á decirle que está aquí el conde de Saint-Remy. ¡ Es muy extraño que el tal notario me haga hacer antesala ! ¡ Uf ! esta estufa apesta.

— Tened la bondad de pasar á esa otra pieza, y avisaré á Mr. Ferrán. El vizconde muy enojado siguió al pasante. Al cabo de un cuarto de hora que le pareció eterno y que convirtió su fastidio en cólera, fué introducido en el gabinete del notario. Difícil era ver algo tan curioso como el contraste de estos dos hombres, grandes fisonomistas ambos, y generalmente acostumbrados á juzgar al primer golpe de vista á las personas con quienes tenían algún negocio. Saint-Remy veía por primera vez á Ferrán, y no pudo menos de admirarle aquel rostro pálido, impassible, la mirada que descubría á través de los enormes anteojos verdes, y aquella frente cubierta con el característico gorro de seda negro. Estaba el notario arrellanado enfrente de su escritorio en una poltrona de cuero y al lado de una chimenea apagada, llena de ceniza, y en donde humeaban dos negros tizones. Cortinillas de percal verde, muy rotas y colgadas de dos alambres, ocultaban los cristales inferiores de las ventanas, arrojando al gabinete ya sombrío, un reflejo pálido y triste. En aquel laboratorio de Mr. Ferrán, había varios estantes de madera negra llenos de cartones rotulados; pocas sillas de madera de cerezo cubiertas de terciopelo amarillo y un reloj de caja; el enladrillado era amarillo y húmedo, y el cielo raso rasgado y cubierto de telarañas. Aun no había dado el vizconde dos pasos dentro de la estancia ni dicho una palabra, cuando el notario que sólo le conocía por la reputación, le odiaba ya con toda el alma. Desde luego veía en él un rival en bellaquerías. Por otra parte Mr. Ferrán á fuer de hombre de las inclinaciones que ya conocemos, detestaba en los demás la elegancia, la gracia y la juventud, en especial cuando estas circunstancias iban acompañadas con un aire de grandísima insolencia. Por lo general el notario hacía ostentación de sequedad y hasta de grosería con sus clientes, que le estimaban todavía más en razón de sus bruscos modales, y esta vez se propuso ser con Mr. de Saint-Remy la descortesía misma. Tampoco el joven conocía á Mr. Ferrán sino de oídas, y esperaba encontrar en él á una especie de mentecato bonazo ó ridículo, puesto que el vizconde siempre se representaba con exterior casi cándido á los hombres de probidad proverbial, de los cuales según se decía era Ferrán un perfecto tipo. La fisonomía y el talante del notario causaban en el vizconde una repugnancia indefinible, entre temor y odio, por más que no tuviese razón alguna para lo uno ni para lo otro. Por esta causa y consecuente con su carácter resuelto Mr. de Saint-